



NELL: UN PUENTE PARA EL SELF AMPUTADO. El impacto de la inmigración en términos de continuidades y discontinuidades del self ¹.

Hazel Ipp, Ph.D.²

Toronto Institute for Contemporary Psychoanalysis, Toronto, Canada

A través del examen detallado de material clínico estamos invitados a considerar las continuidades y discontinuidades del self inherentes a la difícil situación del inmigrante. Encontrar un espacio transicional entre lo que se ha dejado atrás y la realidad actual del nuevo país propio se convierte en un ideal por el que luchar. Muy poco ha sido escrito sobre el trauma de la emigración y demasiados clínicos cierran las puertas ante las discontinuidades del self implicadas en este suceso. Trabajando desde el Modelo Relacional en torno al énfasis sobre la subjetividad del analista, intento demostrar que un valioso movimiento para avanzar puede lograrse cuando nos focalizamos sobre los estados cambiantes del self, la multiplicidad del self, y logramos, a través de poner el foco en la transferencia/contratransferencia, el reconocimiento mutuo y la intersubjetividad.

Palabras clave: Inmigración, Multiplicidad del Self, Psicoanálisis Relacional

Through the detailed examination of clinical material we are invited to consider the continuities and discontinuities of self inherent in the immigrant's plight. Finding a transitional space between what has been left behind and the current reality of one's new country becomes the ideal for which to strive. Very little has been written on the trauma of emigration and too often clinicians foreclose on the discontinuities of the self involved in this event. Working from a Relational model in terms of the emphasis on the subjectivity of the analyst, I attempt to demonstrate how much valuable forward movement can be attained when one focuses on shifting self states, multiplicity of self, and the achievement, through the focus on transference /countertransference, of mutual recognition and intersubjectivity.

Key Words: Immigration, Self Multiplicity, Relational Psychoanalysis

English Title: Nell: A bridge to the amputated self. The impact of immigration on continuities and discontinuities of Self.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Ipp, H. (2009). Nell: Un puente para el Self amputado. El impacto de la inmigración en términos de continuidades y discontinuidades del Self. *Clínica e Investigación Relacional*, 3 (1): 9-19.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

El fuerte acento afrikáans crepitó a través de mi contestador automático. Inmediatamente me puse en tensión, congelada, oyendo poco más que los sorprendentes tonos guturales. Entendí el mensaje básico. Una afrikáner queriendo entrar en terapia conmigo; **conmigo**, la otra sudafricana, de habla inglesa, reivindicativa, quien, por definición, sería el enemigo natural del afrikáner. De repente los treinta años desde que había dejado mi país se desvanecieron y me sentí catapultada de nuevo a ese mundo de la división, el odio, el dolor, el sufrimiento, el horror, un mundo de angustia y terror. Era una sensación poderosa, visceral. Por unos instantes fui dolorosamente consciente de la alarma y los sentimientos reflejos de odio y rabia que ese acento desencadenaba en mí. Por supuesto, no respondería al mensaje, y mucho menos aún **contemplaría siquiera** la posibilidad de ser la terapeuta de esta mujer.

Tengo que hacer algunas aclaraciones aquí. El *apartheid* de Sudáfrica, aun caracterizándose por el alto grado de atrocidad en términos de segregación Negro/Blanco y de la amarga y cruel opresión de todos los designados como "no blancos", impregnó también otros muchos aspectos de la nación. Los sudafricanos blancos estaban divididos esencialmente entre los de habla inglesa y las personas de habla afrikáans, cuya segregación, si bien no promocionada legalmente, sí estaba organizada sociológicamente en términos de geografía, escolaridad, cultura y alianzas políticas. El contacto y la familiaridad entre ambos grupos se hallaban gravemente limitados y se vivía con un permanente sentido de animadversión mutua, cada grupo dominado por ideas estereotipadas sobre el otro.

El mensaje telefónico, por tanto, me dejó completamente desconcertada y angustiada. Pasaron varios días. De nuevo un mensaje solicitando que respondiera. Algo más tranquila esta vez, pude registrar, aparte del acento, una voz educada con un trasfondo de desesperación. Intrigada, le devolví la llamada y traté de escuchar más allá del profundo sentimiento que me embargaba por las asociaciones que dicho acento evocaba en mí. Quedé sorprendida. Esa mujer sonaba inteligente, considerada, motivada. Decidí encontrarme con ella para saber al menos por qué me había escogido a mí, enemiga natural suya aparentemente, una sudafricana inglesa, huida hacía tiempo de una tierra de dolor y sufrimiento, aunque también de increíble belleza y diversidad y por la que siempre había sentido un anhelo, vivo hasta la médula.

El aspecto de Nell era el imaginado: el de una alta y hermosa aria. Un aire cauteloso, si no gélido, marcaba su presencia. A veces, mientras hablaba, esa postura cedía y se transformaba en una sonrisa de tanta calidez que me hacía sentir en contradicción con mi honda y arraigada creencia acerca de lo que uno habría de experimentar al sentarse frente al enemigo. Como sucede cuando tu pasado colisiona sin previo aviso con el presente, me sentí algo desorientada. ¿Qué estaba pasando? ¿Me había vuelto loca? Todo aquello ¿se refería sólo a mí? Estas preguntas en sus varias formas continuarían tomando forma de distintas maneras a medida que el trabajo conjunto fue avanzando.

El motivo que Nell dio para venir a verme fue el de tratar la infelicidad causada por su reciente emigración, el de encontrar un sentido al hecho de hallarse en un país tan distinto o, en su defecto, conseguir una ayuda que le facilitara el regreso a Sudáfrica. Este último motivo topaba con la vehemente oposición de su marido y sus tres hijos, los cuales amaban

Canadá por su tranquilidad, su previsibilidad y la sensación de seguridad que producía, características todas ellas que lo diferenciaban radicalmente de la violencia y los tumultos dejados atrás. Nell luchaba con eso, y aunque por una parte entendía lo racional de esa postura, por otra le preocupaba más lo que experimentaba aquí como vacío. Le dolía la aparente ausencia de ideales más altos en la psique canadiense así como la notable falta de pasión que percibía en la población. Anhelaba el tipo de experiencia que acompaña a la sensación de participación plena que uno tiene en su propio país, a menudo tan loco, donde cada respiración está saturada de grandes cargas emotivas y férreas opiniones, donde uno se siente vinculado en intensidad y propósitos con quien es de ideas afines, al mismo tiempo que enfrentado por el odio y la enemistad con cuantos no comparten su modo de ver.

Las preocupaciones de Nell me sacudían profundamente y su eco me devolvía a mis primeras experiencias en este país, cuando, desesperada, me convencí a mí misma de que los canadienses estaban condenados a invertir su energía en debates repetitivos acerca de las condiciones meteorológicas –que eran lo suficientemente horribles como para ser objeto de discusión-, pero parecía no haber en ellos la preocupación o la atención o la evidencia de un saber o interés por el desarrollo de cualquier conocimiento profundo acerca de lo que desgarraba a los países y a las personas más allá de sus fronteras. Cuán solitaria, enfadada y despectiva me sentía entonces. Cuán adecuadamente podía sintonizar mi propia experiencia con la descripción de su presente. Al comienzo incluso de registrar esa “resonancia” me sorprendió un naciente “ella y yo”, casi un “nosotras”, supuestas enemigas, pero en cambio vinculadas por una comunión de vivencias y sentimientos. Fue un momento crucial para mí en el que empezaron a desalojarse parte de mis antiguas reservas y se agitaron sentimientos de curiosidad y otras sensaciones sin nombre que requerirían algún tiempo para su formulación consciente.

Uniéndome a ella, dije: “recuerdo bien esa forma de sentir”.

Amable, pero desinteresada, ella continuó hablando de sus sentimientos de desplazamiento y alienación. Sentí que la curiosidad de Nell acerca de mi experiencia sudafricana era mínima, casi inexistente, aunque percibí un reconocimiento tácito en su relato de que yo sabía de qué estaba hablando. Pronto se hizo evidente que, si bien Nell era afrikáans por nacimiento, su concepción política no era la que se atribuye habitualmente a la sensibilidad afrikáans, al contrario, ella había mantenido una participación política activa, arriesgada, contra el apartheid en momentos de alta peligrosidad, no sólo como participante dispuesta y aparentemente sin miedo, sino como una dirigente estudiantil respetada por las organizaciones que yo admiraba más. Otro estereotipo mío, pues, que mordía el polvo. Con su disolución, fui cada vez más consciente de la complejidad de mis propios afectos. Sentí una profunda vergüenza por no haberme quedado y luchado en las batallas en las que tanto creía, pero había sentido demasiado miedo como para implicarme a niveles más profundos. Recuerdo cómo en el momento de emigrar tuve que hacer frente a la elección de que quedarme requería una implicación más activa por mi parte y correr el mismo destino de muchos de mis amigos, el confinamiento solitario, el arresto domiciliario o algo peor. Quedarme sin un compromiso activo hubiera sido como hacerme cómplice de cuanto aborrecía. Sentí que emigrar era mi única opción. Pero ahora, aquí con Nell, esta decisión me parecía vergonzosa.

Sentada frente al coraje de Nell, sus convicciones inquebrantables y su permanente sentido de vivir para un propósito, me vi, por primera vez, crudamente confrontada con mi self

amputado, esa parte de mi self que había dejado atrás, dividida y congelada en el tiempo y espacio, que no pudo viajar conmigo, en mi lucha por obtener un nuevo sentido de confort para mí self en mi país de adopción. Como sabemos, nuestro lugar de nacimiento sigue residiendo en lo profundo de nosotros mismos mucho tiempo después de habernos marchado. Tender un puente entre lo experimentado allí y aquí, entonces y ahora, es una tarea de enormes proporciones, a menudo imposible. Y aunque un perdurable sentido acerca de uno mismo pueda prevalecer y muchos de estos aspectos de uno mismo avanzan juntos para hacer frente a lo nuevo matizando y enriqueciendo esas nuevas posibilidades, algo vital se queda atrás, perdido, encapsulado en el complejo y polifacético mundo de la tierra donde uno nació. Ser cada vez más consciente de esta dimensión de mí misma --una dimensión de la cual había huido sin tomarme tiempo para el duelo-- se convirtió en imperativo si de verdad iba a sentarme con Nell y escuchar las luchas existentes en su interior.

Nell era la menor de dos hermanas nacidas de una madre alemana y un padre afrikáans. Hubo muchos traumas en las vidas tempranas de ambos padres. Su madre, tras haber perdido a su padre al principio de la guerra, tuvo una precaria existencia con su madre en la zona ocupada por Rusia, durante la cual tuvieron que hacer frente a muchas y traumáticas experiencias, especialmente múltiples violaciones, sufridas y presenciadas por madre e hija. El padre de Nell perdió a su madre en la primera infancia. Al ser el hijo menos favorecido, tuvo que soportar desde abandono emocional crónico y aislamiento general hasta desprecio y humillación al volcar su padre todas sus energías en su especial hijo mayor. Este hermano (tío de Nell) ascendió en las filas militares hasta lograr un estatus significativo en las muy temidas fuerzas de seguridad del Gobierno de Sudáfrica --una rama de la policía con carta blanca para eliminar o destruir cualquier "elemento" calificado de perjudicial para el Estado. El compromiso político de Nell resultó aún más irónico para mí a la vista de esta nueva información.

La hermana mayor de Nell era enfermiza y fue a Nell a quien la familia miraba para la realización de sus sueños. "Yo era la imagen de mi madre para el mundo", dice Nell, al tiempo que describe una madre plagada de ansiedad e inseguridad, recluida en la cama durante semanas, dejando a la familia para que se valieran con sus propios recursos, aun cuando les demandaba apoyo y socorro sinfín. Hablaba asimismo de un padre aparentemente amable pero que explotaba de rabia de vez en cuando y que manejaba su propia vida con orden compulsivo y una tendencia a quedar absorto en sí mismo. Se trataba, de hecho, de un matrimonio distanciado pero en el que el deber prevalecía, y aguantaban. Aparte de relaciones ocasionales con la familia extensa y de un puñado de amigos, llevaban una vida aislada. Nell se describe creciendo con una sensación de cautelosa vigilancia, con una juventud ausente de pasión y aventura, una interminable angustia en relación con la salud emocional de su madre, el temor por la rigidez y las explosiones periódicas de su padre y la necesidad de rendirse a las exigencias de su madre con la finalidad de que no se desmoronara, incluso al precio de sacrificar su propio sentido del self, sintiéndose cada vez más y más ajena a cualquier experiencia de necesidad o deseo personales.

Me preguntaba si era eso lo que había detrás del aire frío, restrictivo, que yo sentía en su presencia, a su minuciosa valoración de las palabras que utilizaba y a la mínima información con que narraba sus experiencias, si todo ello eran indicios de muchas más cosas. Sin embargo, tenía esa sonrisa, esa radiante, cautivadora sonrisa, con ese centelleo en los ojos que hablaba de un estado del self completamente distinto, de un self capaz de implicarse a

fondo y hacerse emocionalmente presente.

Empecé a preguntarme cómo esta persona se había liberado a sí misma de una vida tan restringida para entrar en el peligroso mundo del compromiso político que seguía con tanta pasión y tesón. ¿Venía de ahí la ultra-cautelosa Nell? Por supuesto, hay un gran trecho entre aquellos que pueden sacrificarse por una causa y los que solo pueden implicarse marginalmente en ella. ¿Qué había en sus orígenes que hacían posible la particular trayectoria de Nell? Sus años de crecimiento fueron aparentemente tan faltos de intensidad y compromiso, tan plagados de las vicisitudes del trauma transgeneracional que parecía mantener a su familia constreñida a un estado de terror e hiper-vigilancia, que se hacía difícil imaginarla buscando este camino.

Empezamos con tres sesiones a la semana. Progresivamente iba experimentando sentimientos más cálidos hacia Nell y sintiendo unos niveles de confort y familiaridad con ella mas allá de nuestra breve relación. Sin embargo, notaba una creciente frustración porque no acababa de llegar realmente a su mundo interior. Sus relatos, tanto del pasado como del presente, se me ofrecían como si fueran meros informes ya que, a pesar de lo absorbente de algunos de los acontecimientos narrados, ella seguía mostrándose desapasionada, una observadora de su propia vivencia, pragmática, racional. Con frecuencia le comentaba lo que yo sentía en relación con las duras historias que contaba y la aparente ausencia en ella de emociones como las que uno esperaría encontrar.

"¿De verdad?", me decía. Y continuaba con lo que me estaba diciendo.

De todas formas, a veces me aventuraba más allá, en la medida, sobre todo, en que mis propias emociones se filtraban hasta ella como respuesta a su particular narración.

"Cuán horrible debe de haber sido esto para usted." O, "cuán asustada debió de sentirse al detenerla la policía". O, "qué valiente fue usted".

Una enigmática sonrisa saludaba esos esfuerzos de expresión empática, y luego continuaba hablando en el mismo tono monótono y dissociado de antes. Evidentemente, la historia de sus traumas era mucho más profunda y extensa de lo que yo había sido consciente hasta entonces, y empecé a comprender que comentarios de ese tipo carecían casi por completo de sentido para ella en aquel momento, que hablaba desde mi propia experiencia, no desde la suya, y que yo podía y debía en esta etapa simplemente escuchar los relatos sin tratar de poner nombre a sus fundamentos afectivos, al menos por el momento. Así que me esforcé en sumergirme más en lo que contaba y en que mis preguntas sirvieran para potenciar su curiosidad acerca de sus propias experiencias, sus opciones y su propia mente.

Mientras se debatía consigo misma para decidirse acerca de una oferta de trabajo que le habían propuesto, apuntó el deseo de que fuera parte de una Institución específica.

H: ¿En qué sentido sería preferible?

N: Me gustaría pertenecer a algo conocido. Tendría una mayor sensación de fiabilidad. No me sentiría tan invisible..., solo un punto en un cuadro inmenso e indefinido.

Al profundizar en esto, llegamos a la conclusión que se sentía, en variadas formas, como

una parte invisible de una familia invisible, una familia que veía a sus miembros sólo como funcionales y/o instrumentales, que no tiene nada que ver con *Sí mismos* completos o reconocidos. Formar parte de una institución reconocida conllevaba no solo la pertenencia en sí misma, sino la sensación de que uno es visto formando parte de algo, es decir, el tipo de pertenencia que ella tan intensamente había vivido con los grupos políticos de los que había sido parte intrínseca. Una verdadera institución también significa seguridad, o, al menos, la ilusión de una seguridad, de una legitimidad, de competencia y del "saber cómo".

Al comienzo de nuestra siguiente sesión, Nell relató un sueño --"Estaba al cuidado de dos niños pequeños (yo tenía unos 8 o 9 años) hijos de amigos de la familia. Tuve que volver a casa y por alguna razón los niños se quedaron solos. Me sentí muy angustiada dentro del sueño. Inmediatamente le dije a mi madre: "TIENES que llamar a su madre". Hay una poderosa sensación en ese sueño de mi madre diciendo: 'NO, no podemos. Esto es demasiado horrible'. "Finalmente llama, pero de una manera muy torpe, excusándose demasiado y sin ninguna estrategia para solucionarlo. Me siento angustiada por la llamada y **furiosa** con ella. Tengo la firme convicción que no hizo nada para ayudarlo a resolverlo. Tengo miedo de la ira de los padres de los niños. Y luego, este terrible momento en que hace la llamada. Debería haberlo resuelto, decir que los niños están bien, que sólo se han quedado atrás. Pero no lo hace. Ella no soluciona nada".

Nell, espontáneamente, habló de este sueño como emblemático de su relación con su madre, una madre que nunca arreglaba las cosas, que le imponía responsabilidades excesivas para su edad, sin ninguna posibilidad de apoyo o de rescate. Luego asoció con su lucha por ser reconocida, tanto por sus limitaciones como su fortaleza. Necesitaba la seguridad de pertenecer a instituciones legítimas y/o a proyectos en los que fuera debidamente reconocida por sus habilidades y donde pudiera volcarse siendo ella misma, con la certeza de saber que existía una red de seguridad que funcionaba automáticamente. Observé también la fuerza de la expresión afectiva en el sueño, además de en la narración del mismo. Le hice un comentario sobre ello. Y estuvo de acuerdo.

N: No era consciente de cuán enfadada estaba con mi madre, cuán terriblemente desprotegida me sentía siempre..., cuánto se espera siempre de mí... Qué poco reconocimiento había de mi propia vulnerabilidad. Tal vez nunca supe realmente lo vulnerable que era. Creo que sólo ahora empiezo a darme cuenta de ello.

Consideré las posibles implicaciones transferenciales aquí, pero opté por no seguirlas en aquel momento.

H: Tal vez el hecho de no darse cuenta de su vulnerabilidad le permitió tomar las decisiones que tomó en Sudáfrica.

N: Tal vez. Nunca sentí miedo..., nunca. Por eso siempre me ocupé de los trabajos más peligrosos. Como cuando tenía que sacar personas fuera del país en el maletero del coche. Todo el mundo me veía siempre tan tranquila, tan imperturbable, que pensaban que era capaz de cruzar las fronteras o cualquier control de carretera y parecer inocente.

"¿Y no tenía miedo", le pregunté, "ni siquiera en aquellos momentos?"

N: No, en realidad era emocionante. Me sentía viva, implicada, más viva de lo que nunca me

había sentido antes. Mucho más de lo que me siento ahora.

Sentada con ella, percibía el eco en mí de esa sensación de apasionado compromiso y del sentimiento de vitalidad unido a ese riesgo, pero, al mismo tiempo, me sentía inmediatamente amilanada por un gran temor que eclipsaba tales sentimientos.

H: ¿Eran sus padres conscientes de en qué estaba metida, Nell?

N: Sólo por encima. ¿Sabe que para un afrikáner haber ido en contra del Gobierno es aún más vergonzoso que para una persona angloparlante? Mi madre no quería saberlo. Estaba avergonzada. Mi padre..., bueno, para él era diferente... No estoy segura de lo que quiero decir, sentía que había algo en él que era diferente del resto de nuestra familia. Se arriesgó dando oportunidades y privilegios a sus trabajadores en la granja que violaban la ley del apartheid. Era algo muy inusual y muy arriesgado. Yo no me daba cuenta entonces, pero sorprende en un hombre tan rígido y compulsivo en todo lo demás.

H: Tal vez usted pensaba que su participación política le enorgullecería de algún modo, que le permitiría ser reconocida por él de una forma más completa.

N: No lo sé. Nunca lo he pensado. En una ocasión me detuvieron... Fue muy serio. Realmente creí que esta vez estaba perdida. Pero unos días más tarde fui puesta en libertad sin ninguna explicación, al parecer por intercesión del hermano de mi padre. Por supuesto, se aseguró de que mi padre supiera que él me había salvado, aunque yo estuviera haciendo que la familia cayera en desgracia. A mi padre le dieron instrucciones para que me advirtiera, que me informara de que mi tío no volvería a intervenir en mi favor. Mi padre me dijo todo esto, pero lo hizo calmadamente. No me conminó a abandonar mi actividad. Lo que en cualquier caso no hice. Ella se detuvo y tras un rato agregó: "tal vez se sintió orgulloso. A pesar de lo humillante que era que su noble hermano le reconviniera".

Nell y yo continuamos moviéndonos entre su descontento en el presente y su nostalgia de Sudáfrica. Pocas veces, durante todo este tiempo, expresó tanta emoción como en la sesión del sueño. Yo seguía debatiéndome con los sentimientos que sus relatos habían removido en mí, con mi progresiva toma de conciencia sobre aspectos de mí misma que había dejado atrás y con la reveladora claridad de que había tomado la única opción válida para mí. Yo no era alguien *sin miedo*.

Nell comenzó a expresar más sus preocupaciones acerca de su matrimonio, preguntándose de que manera sus tempranas inhibiciones sexuales podían influir en el mismo. Se trataba de inhibiciones que ella veía como una herencia recibida de su madre que, violada a los 11 años, reprimió cualquier expresión sexual o sensual en la familia. Habló asimismo de una terapia anterior en Sudáfrica como un intento de comprensión de dichas inhibiciones.

"¿Le mencioné", preguntó Nell casi en un aparte, "que ese terapeuta pensó que yo había sido objeto de abusos sexuales de niña?"

H: No recuerdo que lo mencionara. ¿Cree que puede ser cierto?

N: No lo sé. Realmente no lo sé. Recuerdo algo en torno a la edad de 10 años.

Pensé en seguida en la imagen de su madre violada a los 11 años.

H: ¿Algo como qué?

Con voz más decidida, Nell dijo: "creo que se trataba de mi tío – sabes - el hermano de mi padre." Hace una pausa mirándome fijamente, como esperando que interviniera. Con tranquilidad, le indiqué que la estaba escuchando, evitando dirigirla de un modo más específico.

N: Nunca fuimos más allá de este punto en mi anterior terapia. Estábamos tratando de comprender mis inhibiciones sexuales cuando el terapeuta sugirió esa posibilidad. En cualquier caso, quizá fuera tan solo un coqueteo inapropiado por su parte, ya que siempre se comportaba de forma seductora con sus sobrinas. A mí me dejó solamente una sensación de incomodidad. Me sentía cohibida y torpe cerca de mi tío y evitaba quedarme a solas con él. Nunca se casó y era una figura verdaderamente singular. Creo que no puedo añadir nada más sobre eso ahora. --Tras un silencio, agregó:-- "es extraño que este tío salga continuamente".

H: Sí, va apareciendo. Parece que fuera una fuerza a tomar en cuenta. Tal vez --aventuré con una sonrisa que de alguna manera era de complicidad en la conspiración --, sintió algún placer más adelante cuando él se mostró avergonzado de sus actividades políticas".

Nell se rió largo y tendido, nos reímos juntas. Se trataba de una risa cargada de significado; que incluía un tácito reconocimiento de la complejidad de la motivación junto con el placer compartido de perturbar al enemigo. Risas, también, que contrastaban con los horrores y el dolor implícitos en gran parte de lo que estábamos hablando.

N: Nunca antes he pensado acerca de todo eso de una forma consciente, pero al hacerlo ahora creo que me alegré de su malestar, sobre todo porque empleaba tanto tiempo en hacer que mi padre se sintiera incómodo

H: Y a usted también.

N: Y a mí también.

H: Todo lo cual nos lleva a pensar en las múltiples capas del compromiso político y la implicación personal.

Ella capta esto y una vez más nos reímos juntas. Un sentimiento de profunda conexión crece entre nosotras mientras se abre un nuevo espacio en el cual podremos explorar y experimentar juntas.

Algún tiempo después fui a dar algunas conferencias a Israel. Nell abrió la primera sesión una vez de vuelta con: "¿Cómo fue estar entre una población tan traumatizada?"

Me sorprendió mucho, no solo porque era la primera vez que me hacía una pregunta personal, sino por la pregunta en sí misma, puesto que *trauma* era una palabra que evitaba cuidadosamente. También me sentí algo retada, y tal vez a la defensiva, por mi visita a Israel. El actual clima político, junto con una larga historia de antisemitismo entre los

afrikáners, me tenía en alerta.

Le respondí con cierta brusquedad: " No es diferente a estar entre la traumatizada población de Sudáfrica".

Nell se mostró herida y por primera vez se puso llorosa. Esperamos juntas y en silencio a que las lágrimas cesaran. Por mi parte, sabiendo que me tomaría algún tiempo procesar y entender lo que yo había puesto de mi parte en este *enactment* (la puesta en acto que acababa de suceder) dije solamente: "Lo siento si le he herido con la dureza de mi tono".

N: Su respuesta me ha hecho sentir como una sacudida y he revivido imágenes de numerosos rostros traumatizados en los que nunca me había permitido pensar. Imágenes significativas, de sufrimiento..., que me mantenían centrada en lo que había que seguir haciendo.

H: Me pregunto si alguna de esas imágenes la incluyen a usted y a su sufrimiento?

Nell estaba con la mirada perdida. Tal vez la había presionado demasiado. Tal vez no.

Después de unos momentos, Nell dijo: "tendré mucho en qué pensar esta próxima semana". Se iba de viaje a Sudáfrica al día siguiente.

A su regreso, entró en una nueva fase. Se mostró, de inmediato, más presente, emocionalmente, para mí. Con muchas ganas de llevar a cabo nuestra primera sesión después del viaje, Nell se lanzó con el relato vivo y animado de un gran avance en relación con su madre. La describió hundiéndose en la ciénaga familiar, que siempre había actuado como señal para que Nell fuera todavía más solícita, aun habiendo de soportar y absorber las crecientes diatribas de su madre que acompañaban en tales situaciones, ignorando por completo el dolor y la autoanulación de sí misma que le hacía sentir. Esta cuestión había ocupado un tiempo considerable de nuestra labor conjunta, ya que abarcaba nuestra propia relación, en la que experimentaba la sensación de tener que trabajar más duro si me sentía a mí como demasiado callada o a distraída.

De vuelta en Sudáfrica, se vio directamente confrontada, como era de prever, con las maniobras controladoras de su madre. Esta vez, sin embargo, cuando su madre empezó su escalada de rabias y culpabilizaciones, Nell dijo simplemente: "ahora tengo que irme a la cama", besó con calma a su madre y abandonó la habitación. Describió todo esto con un sentimiento de júbilo, de liberación, de emancipación, de fortalecimiento, como si se hubiera sacado de encima las cadenas que la habían atado durante tanto tiempo. Sus sentimientos eran palpables, casi eléctricos.

La alegría duró poco. Nell llegó a la siguiente sesión visiblemente ansiosa y angustiada. Había hablado con su padre, el cual le dijo que su madre se había recluido en la cama y rechazaba cualquier tipo de alimento y de esfuerzo por relacionarse. Se trataba del tipo de comportamiento, tan familiar para Nell, con una implícita y aterradora amenaza de suicidio por parte de su madre. La familia esperaba que Nell, una vez más, "arreglara las cosas", y ella, esta vez, se sentía más causante aún del dolor de su madre. A medida que hablaba comenzó a sollozar largo y tendido. La intensidad de los sollozos nos sorprendió a las dos, pero de alguna forma lo vivimos como un paso adelante.

En voz baja, comencé a hablar de su dolor, de la manera de reaccionar de su madre, que era de esperar que viniera a continuación de cualquier paso auto-assertivo o intentos de diferenciación por parte de Nell. No era de extrañar que el júbilo de Nell por la ruptura de un viejo patrón familiar constituyera una señal para que la madre volviera de nuevo a su comportamiento de siempre. ¿Podría Nell mantener su posición? ¿Podría apoyar a su madre sin capitular? ¿Podría continuar por un camino que le prometía tanto sin tener la sensación de que ella era la única persona en el mundo que podía salvar a su madre de sí misma? Estas fueron algunas de las cuestiones formuladas por mí y tomadas en consideración por Nell mientras nos sentamos juntas con su angustia en las siguientes sesiones.

Pasó una semana. Nell no dio ningún paso para el "rescate" o para enmendar lo hecho. Su madre se "recuperó" una vez más. Y Nell trajo otro sueño.

N: Tuve un extraño sueño acerca de mi madre. Mi hermana y yo estábamos de pie en algún lugar. Miramos hacia arriba y allí estaba mi madre, sobre un caballo de un parque de atracciones, en el cielo —escena etérea en verdad—. Se la veía muy feliz, cabalgando entre las nubes con los cabellos bellamente al aire. Cuando vio que la mirábamos dijo: "estoy tan cansada...", y pensé "¿QUÉ?!". De repente, se vino abajo como un globo de aire caliente, de cabeza y a toda velocidad. Mi hermana y yo gritamos. Ella cayó con un ruido sordo. Nosotras nos quedamos quietas, de pie. Mi hermana dijo: "debe de haberse caído". Continuamos allí de pie, pensando en la catástrofe y en que había que hacer algo en seguida. Pero no nos movimos.

H: ¿Es realmente tan extraño este sueño? Yo creo que ha estado trabajando con mucha intensidad para llegar a comprender las dos caras de las palabras y el comportamiento de su madre, y que recientemente se ha comenzado a sentir menos responsable de su bienestar, incluso de su vida, en el sentido de que no es posible salvar a nadie de sí mismo. Este sueño, entre muchas otras cosas, habla a la parte de usted que reconoce que su vida debe continuar y que eso significa que usted ya no puede seguir bailando al mismo son mientras siga a merced de los caprichos de ella. Esto es doloroso, difícil de hacer, pero creo que el sueño sugiere que una parte de usted siente que es posible.

N: Mi hermana siempre se ha mostrado más indiferente hacia mi madre, razón por la cual me ha caído a mí. Pero no quiero seguir sintiendo lo mismo. Creo que el sueño intenta decirme algo importante acerca de eso. Me siento más fuerte. Quiero elegir más. Ha sido tan grande la parte de mi vida vivida con el "TIENES QUE"... Mis actividades políticas, en especial las realmente peligrosas, eran a menudo también del tipo "TIENES QUE HACERLO".

Intencionado o no, esto fue como un regalo para mí. Ya no me sentía tan cobarde por haber partido de Sudáfrica. Nuestras opciones están multideterminadas por lo intrincado y complejo de las experiencias de nuestras vidas, incluidas la transmisión transgeneracional de los traumas y otras complejidades existentes con anterioridad. Yo me había sentido menos regida por el "TIENES QUE".

A medida que Nell se iba sintiendo cada vez más integrada y emocionalmente viva, se mostraba más dispuesta a renunciar al recurso limitador que, en algunos aspectos, tanto a

ella como a otros les ha sido de utilidad, pero que en otros aspectos ha reprimido su vitalidad y su capacidad de relación de modo significativo.

Conforme proseguimos, Nell va haciéndose mucho más vital. Sus ojos brillantes y su hermosa sonrisa se acompañan ahora habitualmente de risas y lágrimas. También muestra una amplia y sostenida gama de emociones y conecta de forma más completa con su ira, en el sentido de poder hacerse valer a sí misma de formas importantes que le están brindando más de aquello que realmente quiere. Nuestra relación se ha hecho fuerte y confiable y, en muchos sentidos, la sensación de ser, paradójicamente, compañeras de viaje nos ha ofrecido un espacio en el que poder hacer frente juntas a las cosas. Queda, por supuesto, mucho por conseguir. Aún no tiene claro si regresar o no a Sudáfrica. La opción es menos irresistible y sin duda se siente menos coaccionada. Sea cual sea su decisión, es probable que sea una elección más reflexiva e influida por el sentido tanto de agencia como de deseo.

Nell ha sido mi regalo. Además de proporcionarme la oportunidad de dismantelar muchos de mis propios prejuicios y estereotipos, me ha permitido volver a conectar con esa parte de mí misma a la que me refiero como mi self amputado, llorar mis pérdidas y abrir nuevos espacios de reflexión que me abocan a dimensiones de mí misma que habían sido secuestradas. Encontrarse a sí mismo en el otro, con todas las luchas y angustias que ello provoca, es tal vez la esencia de aquello con lo que lidiamos los psicoanalistas contemporáneos al confrontar nuestras respuestas contratransferenciales y con los inevitables puntos ciegos.

La inmigración es un fenómeno complejo que no sólo implica una pérdida, especialmente la pérdida de la continuidad contextual del self, sino que también crea enormes retos, pero que al mismo tiempo puede ofrecer oportunidades únicas de desarrollo. Me gustaría terminar ahora con un poema de Lea Goldberg (1979).

*Tal vez sólo las aves migratorias saben
Suspendidas entre la tierra y el cielo
Del doliente corazón de dos patrias.*

NOTAS

¹ Trabajo leído como conferencia inaugural de las I Jornadas PSICOANALISIS RELACIONAL HOY EN LA CLÍNICA DE LA SOCIEDAD GLOBAL, Organizadas por IARPP-España/Instituto de Psicoterapia Relacional en Las Navas del Marqués, Ávila, España, el 13 de Febrero de 2009. Traducción castellana de Conxita Vidal Coll revisada por María Hernández Gazquez.

² Ph. D. Psicóloga y Psicoanalista. Ex-Presidenta de la *International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy*. Vice-Presidenta, Supervisora y Analista Didacta del *Toronto Institute for Contemporary Psychoanalysis*. Profesora del *Institute for the Advancement of Self Psychology* y de *ISIPse* (Roma). Profesora visitante del *Psychoanalytic Institute of Northern California*. Editora ejecutiva de: *Psychoanalytic Dialogues*. Editor-Corresponsal de: *Contemporary Psychoanalysis*